

PARA CONTINUAR EL DIÁLOGO

RAFAEL ALVIRA

Escuchamos divertidos los deliciosos compases de la antigua zarzuela madrileña: “hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad, una bestialidad, una brutalidad”, y nos parece que anunciaban efectivamente toda una época que está llegando a extremos hasta hace poco imaginables, pero impensables. Es mucho de lo que es capaz la imaginación humana, pero el pensamiento es otra cosa. ¿Quién pensaba entonces que una mujer pudiera intentar transformarse en hombre, y viceversa? Y ¿quién pensaba que podríamos vencer a la muerte en este mundo, es decir, asegurarnos una vida perpetua?

En ciertos temas la imaginación soñaba lo que al pensamiento le parecía imposible y, en otros, el pensamiento iba más allá de la capacidad imaginativa. Ahora, cada vez más, y como se aprecia en el cine y la novela, los sueños imaginativos se apoyan sobre objetos técnicos futuros, de cuya aparición real apenas se duda, por el prestigio de la ciencia y la tecnología. Si se puede hablar así, la superioridad

de estas convierte los encantamientos y ensoñaciones imaginativas en mero “divertimiento” de segunda clase.

Y si ya desde hace algún tiempo va creciendo el número de los que consideran rutinario el cambio de sexo, ahora empiezan a aparecer los heraldos del “transhumanismo”, que sostienen la tesis de que en pocos años los avances científico-técnicos lograrán que muera sólo el que quiera hacerlo, aunque no se espera que sean muchos los que opten por esa posibilidad. Y es mucho el dinero que ya está empeñado hoy en esas investigaciones.

El tema es muy rico en aspectos, pero aquí quiero apuntar sólo dos. Por un lado, algunos transhumanistas sostienen que las religiones monoteístas suponen una rémora, pues dificultan la investigación por culpa de sus escrúpulos trascendentes. Al respecto, me parece que las religiones monoteístas no tienen ningún problema con la vida, sino que distinguen la vida eterna de la vida perpetua en este mundo. En ambos casos, se trata de que cada ser humano fallece a su modo anterior precedero de vida, pero la diferencia está en que la vida

eterna es una modalidad no temporal de existencia, mientras que la vida perpetua es una forma temporal e intramundana de existir.

El problema, por tanto, no está aquí principalmente en las religiones monoteístas –a pesar de sus indudables diferencias con el transhumanismo–, sino en qué va a pasar económica y políticamente en un mundo de perpetuos inmortales, habituados además al cambio rapsódico de sexo. Y este es el segundo punto que quería señalar: estamos, sobre todo y en primer lugar, ante un problema filosófico, que afecta directamente a todos los aspectos básicos de la vida social.

Es difícil pensar que un inmortal necesite comer y beber, y ni siquiera vestirse. El gran capital que se invierte ya en estas investigaciones debe tener presente que se van a dejar de vender muchas cosas. Y tampoco es fácil que cerebros prodigiosos como los que –al parecer– poseerá el hombre transhumano necesiten políticos que los gobiernen. Así pues, son muchos los puestos de trabajo que se van a perder en el mercado y en el Estado, y hay que ir preparándose para el futuro que está ya a las puertas.